

EL CAMPESINO COLOMBIANO: MODERNIZACION SIN MODERNIDAD

América Latina - dice Brunner - está articulada de diversas formas a la modernidad¹. Por supuesto, este proyecto, basado en la industrialización y urbanización ocurrida en los últimos 70 años, ha producido una modernidad periférica, desigual y excluyente, discontinua en el tiempo y en el espacio.

De todas formas, hasta los sectores más apartados de estas sociedades asumen y resignifican esa experiencia vital compartida por hombres y mujeres de todo el mundo: la modernidad. Pero, surge un interrogante: ¿Cómo viven esos millones de personas de América Latina que se hacían en barrios subnormales y que han sido desplazados del campo por causas de la modernización de la agricultura, la violencia, la pobreza y la falta de oportunidades para acceder a los beneficios del proyecto modernizador? Aún más, ¿Cómo y qué posibilidades de alcanzar la modernidad tiene ese 25% de la población del subcontinente que aún vive en zonas dispersas del campo o en pueblos con características rurales, cuando hoy luchan, sueñan y producen en medio de la racionalidad de la empresa capitalista y la multiplicidad de lógicas irracionales (a la luz del sistema capitalista) producto de sus sistemas de vida y producción ancestrales?.

En Colombia, la población que vive en áreas dispersas y pueblos, según la encuesta de Hogares Rurales del DANE realizada en 1988, es de 13.047.877 de personas, de las cuales 9.848.893 (30% de la población del país, aproximadamente) viven en asentamientos dispersos y núcleos no cabeceras². Esta población por fuerza del

mercado, la expansión de la cobertura educativa (formal y no formal), la radio y la TV. se articula cada vez más a la sociedad mayor, al punto que hoy se puede decir que la sociedad colombiana, tanto rural como urbana, ha sufrido un acelerado proceso de secularización

y cambio socio-cultural; proceso que de una u otra forma ha contribuido a crear el sentimiento de unidad nacional, en medio de la heterogeneidad económica, social y cultural propia de la diversidad étnica y regional del país. Un país que hasta principios del siglo XX estaba completamente fragmentado, pudiéndose hablar de cuatro regiones culturales: la andina, la oriental, la pacífica y la caribe; hoy, gracias a la apertura de vías en el pasado, que buscaban la articulación de los mercados regionales entre sí y de éstos con el mercado

externo, la radio y en menor proporción la televisión, se puede hablar de un país nacional y no de un país de países.

Las distancias en el espacio y el tiempo entre los habitantes rurales y de éstos con la población urbana tienden a estrecharse. En este caso los mercados han actuado como elementos integradores, y seguramente su papel será mucho más importante en la consolidación de esta tendencia en el nuevo modelo de desarrollo. Paralelamente, ante la crisis de la modernidad que privilegia la razón sobre otras formas de conocimiento para interpretar y transformar la naturaleza y la sociedad, renacen y cobran vigencia nuevas lógicas y cosmovisiones en el hombre de hoy. Ejemplo de estas



Naturaleza muerta con calle, 1937, M. C. Escher (19)

nuevas realidades son las medicinas alternativas, la bioenergética, la medicina natural el chamanismo, la astrología. Y, en la agricultura también se revalorizan formas de producción rechazadas hasta hace poco por la ciencia occidental, como la agricultura biodinámica (basada en un equilibrio espiritual-físico, producto de la posición de los astros) y la agricultura Kyusei natural (de origen religioso, antimalthusiana y basada en los principios de verdad, bondad y belleza)³

De todas formas, mi interés aquí es mostrar cómo la población que aún permanece en áreas rurales vive y asume la modernidad de cara al nuevo modelo de apertura e internacionalización de la economía. Pues el modelo de desarrollo y modernización puesto en marcha en América Latina desde los años 70 y en Colombia a partir de los 80 lleva implícito un amplio concepto de eficiencia y manejo de los recursos y de las oportunidades, sin el cual el productor tradicional no podría competir en el mercado internacional. Además, se sabe que los mercados estandarizan productos, masifican consumos y homogenizan procesos y actores. Pero, no sólo se trata de mirar las posibilidades económicas de los campesinos y los habitantes rurales para articularse al mercado de bienes, porque ellos además de productores consumidores de bienes económicos también son productores-consumidores de bienes culturales.

En fin, se trata de reflexionar en torno a la manera como el campesino y en general el habitante rural, a partir de su pluralidad de lógicas, diferencias étnicas, sociales, económicas y culturales, puede montarse en el tren de la modernidad. Para lograr este propósito, en la primera parte se hace una aproximación teórico-conceptual del campesino y de las sociedades campesinas, en segundo lugar se rastrea la forma como éstos se han articulado al proyecto nacional vía la modernización de su principal actividad económica (la agricultura) y finalmente se mira como la educación formal (escuela) y la educación no formal han contribuido a la difusión y homogenización de pautas culturales, acortando las diferencias entre culturas tradicionales y culturas modernas, produciendo una subordinación y dependencia mayores del campesino con la sociedad urbana.

EL CAMPESINO ENTRE LA SOCIEDAD TRADICIONAL Y LA SOCIEDAD MODERNA

El campesino de hoy, con las enormes diferencias regionales, étnicas, económicas y culturales que lo caracterizan, se ubica en el continuo de la comunidad

doméstica y la sociedad de F. Tönnies, la sociedad rural y la sociedad urbana de P. Sorokin, la sociedad tradicional y la sociedad moderna de T. Parsons, la sociedad Folk y la sociedad urbana de R. Redfield.

Tönnies - anota Jaramillo⁴ - dice que la voluntad "natural" o "esencial" es propia de los campesinos, de los artesanos, de la gente común, donde los lazos de parentesco, de la tradición y la afectividad son determinantes en la regulación de las actividades sociales y económicas; en cambio, la voluntad "arbitraria" o "racional" es propia de la sociedad capitalista, y su fin es la ganancia expresada en el intercambio económico de los mercados. Weber - citado también por Jaramillo - en su clásico estudio sobre los tipos de comunidad religiosa, decía: "el destino del campesino está ligado a la naturaleza de un modo tan fuerte, depende en tan alta medida de procesos antagónicos y de acontecimientos naturales, y en lo económico tiende tampoco a una racionalización sistemática...". Por supuesto, el campesino de hoy que se levanta con las noticias de "Caracol en la tierra", que lo ponen al tanto de los precios agrícolas en el mercado, no alcanza a dimensionar la enorme influencia que tiene sobre su quehacer la racionalidad capitalista de los mercados. Sin embargo, para la toma de decisiones en su finca le resultan útiles tales informaciones, como también aquella información del calendario lunar que le indica cuando debe realizar sus actividades agrícolas: "para mejorar una parte específica de la planta, se recomienda realizar las diferentes actividades en las fechas que se indican..., considerando las instrucciones..."⁵. Como se puede ver, el campesino en su quehacer cotidiano logra armonizar elementos racionales de la sociedad moderna con elementos tradicionales y esotéricos, logrando una mixtura de la que puede surgir la fortaleza que le permitirá vivir su propia modernidad sin llegar a la homogenización racionalista de la sociedad occidental.

El campesino no opera una empresa en el sentido económico; dirige una unidad familiar (de producción y consumo), no un negocio; pero, produce excedentes que son transferidos a grupos de poder dominantes, pues el campesino hace parte de un sistema más amplio y mantiene relaciones asimétricas entre productores de plusvalía y controladores de la misma⁶.

En este orden de ideas, Marx primero y Lenin más tarde -desde la economía política -, ya habían hecho aportes sustanciales para analizar el comportamiento económico del campesinado. En efecto, Marx, en su análisis de las sociedades precapitalistas, pretendió mostrar como esas formas de producción (las campesinas) eran incompatibles con el desarrollo

capitalista. Su aporte lo centró en el análisis de la renta del suelo, hecho que determina las relaciones capitalistas en el campo y la pérdida de los medios de producción y la proletarianización de los campesinos. Marx, en este contexto, considera la "pequeña propiedad libre" como un modo de producción situado en la esfera de la "comunidad primitiva", lo cual condiciona el comportamiento económico e ideológico del campesino, afectando su futuro comportamiento político.

Lenin, en su estudio clásico del capitalismo en Rusia, también hace su aporte y refuerza el concepto Marxista del campesinado. Plantea "que la base del mercado interior en la producción capitalista es el proceso de disgregación de los pequeños agricultores en patrones y obreros agrícolas"; esta apreciación y la contrapuesta de Chayanov, quien considera las explotaciones campesinas al margen del trabajo asalariado y fuera de la tendencia a maximizar las ganancias, elementos propios de la economía capitalista, han centrado la atención del debate en los últimos tiempos entre campesinista y descampesinistas⁷.

Como se puede apreciar en el recorrido anterior, los diversos enfoques planteados por las diferentes tradiciones académicas tienden a resaltar unos aspectos y a olvidar otros, para explicar el funcionamiento y la estructura del campesino y las sociedades campesinas. Así, la antropología enfatiza en el atraso cultural; la sociología en las relaciones polares, sociedad urbana, sociedad rural; los economistas (neoclásicos) en el dualismo sector tradicional-sector moderno; la economía política (marxistas clásicos) en la lucha de clases; y el agrónomo y economista Chayanov, en la empresa familiar como una unidad de producción-consumo.

Hasta este momento el campesino no es tratado como categoría analítica, sólo R. Fith (1946) - citado por Silverman⁸ - en su estudio " pescadores de Malay: su economía campesina", hace uso analítico del concepto de campesino para referirse a una categoría "socio-económica" aplicada a monocultivadores, definidos por criterios económicos, así: pequeña escala de producción, sin tecnología industrial y producen para su subsistencia. Dentro de esta pequeña escala de producción se incluyen otros cultivadores que comparten la misma clase y organización económica simple.

A partir de allí, se reconoce la existencia del campesinado como el resultado de un proceso histórico, que adquiere connotaciones particulares en el tiempo y en el espacio, y que, además, no existe como unidad autónoma, aislada y cerrada, como lo dió a entender Foster en su estudio del "bien limitado", sino que interactúa con otros grupos,

ya sea hacia el interior de la comunidad o hacia la sociedad mayor. A mi modo de ver, un aspecto que pone en evidencia la mayor o menor velocidad con que el campesino asume los cambios de la sociedad moderna. Por supuesto, el resultado puede variar si se analiza el cambio desde la perspectiva de la economía moral o desde la escuela de la racionalidad campesina. En el caso de la economía moral el campesino mediante diferentes mecanismos de resistencia evita correr riesgos y más bien prefiere mantenerse al nivel de subsistencia. En cambio, en la "racionalidad campesina" el campesino participa activamente de la economía política y busca adaptarse al sistema económico dominante para acumular bienes⁹.

Pero no sólo el sistema económico predominante afecta el comportamiento del campesino, también su medio ambiente (físico y natural), pues por las características de su principal actividad: cultivar la tierra y cuidar los animales está expuesto a la dinámica de los elementos de la naturaleza, que en su mayoría escapan a su control. Por ejemplo, los ciclos de lluvias y las fases de la luna, en algunas comunidades de nuestro país, condicionan las épocas de siembra y las labores de labranza.

Otro elemento que -a mi juicio- sirve para caracterizar el campesino es la división y especialización del trabajo. En las sociedades campesinas se reduce a una división por sexo y por edades, dependiendo de la región del país y del grado de articulación a los mercados. Un campesino puede realizar muchas tareas, tales como cultivar las plantas, cuidar los animales, tomar decisiones, mercadear sus productos, etc. En cambio, en la industria y la agricultura empresarial (cultivos de flores, ingenios, bananeras) hay una alta división y especialización del trabajo.

Ahora bien, la familia campesina constituida en unidad básica de organización social, proporciona trabajo necesario a la finca, lo cual en términos de Chayanov constituye la unidad de trabajo-consumo sobre la cual gira la producción y reproducción de la unidad económica; no obstante, esta apreciación tiene sus límites en el crecimiento demográfico y en la cantidad de tierra disponible, que en la práctica limita sus posibilidades infinitas de reproducción o si se quiere de persistencia. Esto no quiere decir que esta unidad de reproducción (económica, social y cultural) no pueda articularse a la sociedad mayor, como en efecto lo ha hecho en la mayoría de los países del tercer mundo. Y tampoco descarta el planteamiento que hace Lenin sobre la pauperización y descomposición del campesinado; de hecho, buena parte de los miembros

de una familia que no alcanzan sus mínimas condiciones de subsistencia pasan a engrosar las filas del proletariado rural o industrial, o, en otros casos, logran acumular capital y se convierten por ese medio en prósperos empresarios agrícolas.

Otro elemento de las características socio-económicas es la subordinación a través de los fondos de renta, que no sólo se transfieren a la sociedad mayor sino que pueden ser apropiados por otros grupos que coexisten en el campo (campesinos ricos, comerciantes, etc.). De todas maneras, esta subordinación hoy en día tiene también su expresión en el manejo del poder político a través de fenómenos muy conocidos en nuestro país como el gamonalismo y el clientelismo.

Hay por supuesto elementos culturales que sirven para tipificar el campesinado, aunque en este sentido tampoco los antropólogos y los sociólogos han logrado consenso sobre la definición de cultura. Shanin¹⁰, por ejemplo, la consideraba como "el medio por el cual los hombres reportan lo que ven"; mientras que para Mintz no sólo era una manera de percibir, sino un ensamblaje de comportamientos y valores históricamente determinados de acuerdo a los cuales se perciben; por su parte, Wolf entendía la cultura como "las formas históricamente desarrolladas a través de las cuales los miembros de una sociedad dada se relacionan con otros. Con esto quiero señalar que el campesinado además de estar caracterizado por el medio ambiente, lo social, lo económico, se ve también influenciado por todos esos elementos que le modifican sus valores y normas, a partir de los cuales percibe la realidad y exterioriza sus comportamientos.

En suma, se puede anotar que la expansión de las relaciones de mercado y la inserción del campesinado en una economía mercantil, lo mismo que la irrupción de los medios masivos de comunicación, la educación, la ampliación de la red vial, han influido en los cambios suscitados al interior de las comunidades campesinas, sin desconocer que existen factores de resistencia al interior de las mismas, que hacen que el campesino, las sociedades campesinas y las economías campesinas existan no como una idea o un concepto abstracto sino como una realidad incuestionable.

LA MODERNIZACION CAMPESINA Y LA CONSTRUCCION DEL PAIS NACIONAL

Colombia terminó el siglo XIX y comenzó el siglo XX con una de las guerras más cruentas y largas que hay tenido país alguno: la guerra de los mil días. La consecuencia al iniciar el siglo fue encontrar un país

agobiado por la crisis económica, la destrucción de sus vías, la precaria infraestructura y la separación de Panamá. Pero la crisis no terminaba ahí, era mucho más preocupante, pues hasta 1930 la producción agrícola se constituía en la única fuente de riquezas, mientras que la industria nacional quedaba relegada a simple consumidora¹¹.

Sin embargo, sobre los escombros de la guerra se da comienzo a la incipiente industrialización del país, se consolida el sector externo con la exportación de café y se amplía el mercado interno como consecuencia de la mejor cobertura en carreteras y vías férreas. En



Mercado de Egipto, 1969, Gonzalo Ariza

(20)

palabras de Martín Barbero, "la posibilidad de hacerse naciones en el sentido moderno pasará por el establecimiento de mercados nacionales, y ellos a su vez serán posibles en función de su ajuste a las necesidades y exigencias del mercado internacional". En efecto, desde los años 20s la mayoría de países de América Latina inician un proceso de organización de sus economías y de readecuación de sus estructuras políticas. La industrialización se lleva a cabo con base en la sustitución de importaciones, en la conformación de un mercado interno y en un mercado creciente de mano de obra en el que es decisiva la intervención del Estado y sus inversiones en obras de infraestructura para transporte y comunicaciones.

En Colombia, los años 20s marcan una transición importante en su historia; con razón, Darío Mesa¹² la ha caracterizado como el tránsito de una estructura económica relativamente cerrada y fragmentada a otra moderna, integrada plenamente al mercado mundial y

provista de las bases necesarias para una expansión industrial. Este período, además, se caracterizó por la entrada de enormes cantidades de dinero del exterior, provenientes de empréstitos internacionales, inversiones en los enclaves bananeros y petroleros, y por la indemnización a raíz de la separación de Panamá. Por eso, algunos historiadores denominan a este período como el de la "prosperidad al debe" o el de la "danza de los millones".

Estos hechos y la ampliación del sector educativo, la generalización de la radiodifusión, primero, y, más tarde, la televisión hizo que el mapa cultural de Colombia se fuera integrando desde la periferia hacia el centro. Un ejemplo de ello es la forma como la música del Caribe (el vallenato, principalmente) entra a la mayoría de los hogares del interior. Se logra de alguna manera -como dice Martín Barbero- superar las fragmentaciones que originaron las luchas regionales en el siglo XIX haciendo posible la comunicación entre regiones, pero sobre todo de las regiones con el centro, con la capital.¹³ Bogotá entonces se convierte en el lugar por excelencia para acceder a los bienes culturales y vehículo para alcanzar ascenso social y principal atractivo para los provincianos. Por supuesto, el campo se vuelca sobre la ciudad, y la necesidad de vivienda, transporte, educación y salud aumentaron. La ciudad perdió su centro y florecieron las urbanizaciones subnormales, los tugurios y la informalidad se constituyó en una forma de vida. En el caso de la cultura, la emigración y las nuevas fuentes y modos de trabajo acarrear la llamada cultura del migrante; una cultura de la informalidad y el desarraigo. Un collage de cultura tradicional (popular) y cultura de masas. Hay allí un punto de encuentro, de contradicción y conflicto, del cual surgen nuevas formas de significación que a la postre formarán la cultura nacional. Las distancias entre campo y ciudad se hacen cada vez más cortas; el campo se vuelca sobre la ciudad y los medios masivos de comunicación penetran y urbanizan en términos sociológicos el campo. La ciudad en la periferia se masifica pero conserva también su aire de pueblo. Una muestra de ello son las celebraciones decembrinas; por unos días las calles de los barrios populares se llenan de festones y los pesebres con olor a campo y montañas de nieve del norte alegran las humildes viviendas y la vida en familia. Como anota Carvalho -citado por García Canclini- "hasta los migrantes recientes que mantienen formas de sociabilidad y celebraciones de origen campesino adquieren un carácter de grupos urbanoides"¹⁴.

Paralelo a esto, el campo vivía a su manera su proceso de modernización. En efecto, ante una legislación agraria obsoleta que impedía el desarrollo capitalista

de la agricultura, el gobierno de López Pumarejo promulgó en 1936 la ley 200 o "ley de tierras", que, por un lado, acababa con las luchas campesinas por la tierra y, por otro, dejaba el camino expedito para la modernización de la agricultura. Esa modernización implicaba la expansión de las relaciones comerciales a un área más amplia que antes y el progresivo reemplazo de los cultivos de subsistencia por la producción para el mercado.

Para alcanzar tales propósitos, desde los años 40s y 50s se inicia la tecnificación de la agricultura, pues se consideraba que el atraso de los países se debía en buena parte al incipiente desarrollo del sector agrícola. Así fue como en muchos países de América Latina se pusieron en marcha diversos programas para lograr la modernización de la agricultura tradicional. Entre ellos se puede destacar, en la década del 50, el "modelo de difusión de innovaciones", propuesto por E. Rogers, el cual suponía que la baja producción de las economías campesinas se debía al tradicionalismo de los productores; era necesario, entonces, mediante diversos medios de comunicación difundir (o masificar) tecnologías generadas en centros de investigación nacionales o internacionales. A principios de la década del 60, ante el poco éxito del modelo de difusión de innovaciones, T. Schultz inspirado en las variedades de altos rendimientos, producto de la tecnología generada por la "Revolución Verde", lanzó su "modelo de insumos de alta rentabilidad". Schultz partía del supuesto que los productores campesinos operaban con la misma racionalidad económica que los agricultores capitalistas sin tener en cuenta factores sociales y culturales. En los años 70s, Hayami y Ruttan plantearon el "modelo de cambio tecnológico inducido", según el cual la innovación técnica está dirigida a sustituir factores escasos (costosos) por otros relativamente abundantes (baratos)¹⁵.

Sobre los fundamentos teóricos de los modelos mencionados, el Estado colombiano, a través de sus organismos de investigación y extensión, intentó la modernización de la agricultura en el país. Con iguales argumentos la Federación Nacional de Cafeteros logró parcialmente la modernización de la caficultura colombiana. Las consecuencias económicas, sociales, culturales y ambientales de ese proceso modernizante son muy diversas y controvertibles, pero escapan a esta reflexión. Sólo me interesa señalar que pese a los ingentes esfuerzos del Estado, de los gremios y de algunas organizaciones no gubernamentales para modernizar la agricultura tradicional (basada en multitudes lógicas y racionalidades) aún subsiste y, hoy, frente a la crisis ambiental que afronta el mundo surge

como una opción más para enfrentarla. Pese a ello, las escuelas de agronomía y las instituciones del Estado encargadas de la asistencia técnica agrícola siguen enfatizando en la calidad de empresarios que deben adquirir los productores. La lógica del mercado y la empresa capitalista deben ser aprendidos por los campesinos so pena de sucumbir frente a las exigencias del nuevo modelo de desarrollo.

Revive el discurso clásico de las ventajas comparativas, y ante la falta de éstas por la escasez de tierra, de capital, de capacidad empresarial y de tecnología "moderna" se recomienda para los productores "ineficientes" la reconversión: nuevas actividades (no agrícolas) para generar ingresos. Según algunos investigadores, "el modelo de desarrollo indica que la agricultura no es necesariamente la actividad con la cual los campesinos pueden salir de su pobreza. Las artesanías se revalorizan y son impulsadas por los Estados para aliviar las crisis de la agricultura y el desempleo. "México - anota García Canclini - comparte su acelerada reconversión industrial con un intenso apoyo a la producción artesanal, la más voluminosa del continente y con alto número de productores: seis millones".¹⁶ Y en países, con tradiciones culturales más lejanas a las nuestras, como en Inglaterra, el turismo surge como una nueva posibilidad para los productores agrícolas. Muchos de ellos han convertido sus granjas en hoteles y restaurantes, zonas de camping, campos de golf y otros más "modernos" las han convertido y dotado con infraestructura bélica para que sirvan de campos de guerra, donde los habitantes de la ciudad cansados del estrés y huyendo de la contaminación se solacen los fines de semana jugando a la guerra. Estas alternativas ya se comentan en foros donde se trata la suerte del sector agropecuario. Pero, ¿será posible esto en Colombia?. En una cultura como la nuestra basada en la copia y la imitación estas nuevas opciones productivas para el campo no están muy lejanas.

De todas formas aunque - como dice Brunner - América Latina esté y siga ligada a la modernidad, el proceso de reconversión y articulación a los mercados internacionales hace cada vez más difícil el acceso de los sectores populares de la ciudad y del campo y aldeas a los bienes económicos y a los productos culturales. El acceso a la educación media y superior es cada día más difícil. Cómo pretender estar en la modernidad si la mayoría de nuestra población no puede acceder al libro, porque no lo puede comprar, pero lo más grave porque no lo sabe leer. Pues leer un texto, de manera comprensiva y crítica, implica no sólo conocer el código sino tener un marco conceptual

que permita develar las apariencias y mitificaciones del mensaje que no corresponda a la realidad económica, social, cultural y política a la cual se refiere. Y, como si fuera poco, no es verdad que los medios masivos (la T.V. y los video chips) vayan a reemplazar la palabra impresa, pues -como dice Savater- no es cierto que una imagen valga más que mil palabras, sino al contrario "cualquier palabra, incluso de las más humildes, vale más que mil imágenes porque puede suscitarlas todas".¹⁷ En consecuencia, nos alejamos del ideal democrático de la sociedad moderna, en el cual - en palabras de Manheim - "la democratización implica una disminución de la distancia social entre los grupos de la minoría intelectual y los otros grupos de la sociedad".¹⁸ No se trata de que los sectores populares y campesinos accedan a los bienes culturales más sofisticados de las élites, sino que el sistema imperante les ofrezca las mismas posibilidades para que no sólo reciban mensajes alienantes desde la cultura dominante (sociedad de consumo), sino que puedan resignificarlos y acceder a otros códigos menos superfluos. No es pues a través de los medios de comunicación y de la manipulación de los mecanismos de socialización que el Estado puede lograr crear el sentimiento de unidad e identidad nacionales, que requiere un proyecto democrático no excluyente para estar en la modernidad.

LA ESCUELA, LA EDUCACION NO FORMAL Y EL CAMPESINADO

Como ya lo he mencionado antes, la expansión de la cobertura educativa (educación básica primaria) ha llegado a casi todos los rincones del país. Esta ampliación de la oferta educativa tiene su máxima expresión sobre todo en el plano cuantitativo: alumnos matriculados, escuelas, maestros, alumnos por maestro y por plantel. En efecto, para el período 1964 a 1977 la matrícula se había incrementado en 92%, en primaria; 314%, en bachillerato; y 527%, en educación superior.¹⁹ Un avance, por supuesto, espectacular si se toma como referencia del análisis el tamaño del sector educativo. Sin embargo, lo que me interesa aquí no es la cantidad de individuos alcanzados por los servicios educativos, que sin lugar a dudas hoy son muchos más que hace 30 o 40 años, lo que me importa es mirar un poco el papel que ha jugado tanto la educación formal (la escuela) como la no formal (los programas de capacitación técnica) en el proceso de urbanización y construcción de la nacionalidad, como parte del proceso de modernización que ha vivido el país en los últimos años.

Es importante señalar que la educación, más que cualquier otro aspecto de lo social, refleja y reproduce

entre nosotros la brecha que existe entre la sociedad urbana y la sociedad rural. A modo de ilustración se puede ver como mientras la primaria urbana cubre el 90% de la población en edad escolar (6-11 años), en las zonas rurales el cubrimiento de la escuela no llega al 70% y de este sólo el 20% termina el quinto año y el 4% termina bachillerato. Además, el nivel de escolaridad en el sector urbano es de 3.7 grados, mientras que en el sector rural es de 1.7 grados. Otros indicadores que ayudan a caracterizar la educación básica primaria y a evaluar su rezago respecto a la primaria urbana son los altos índices de repitencia, deserción y el tiempo promedio que gasta un niño campesino para recorrer el ciclo completo de la educación primaria.²⁰

El panorama anterior muestra que la educación primaria adolece de un problema de cobertura, repitencia, baja capacidad de retención, tasa de escolarización y grado de escolarización muy bajos, situación que se ve aún más agravada por deficiencias de carácter cualitativo, como la inadecuada preparación de los maestros para trabajar en contextos campesinos, los programas, los contenidos y los métodos poco acordes con el medio rural, la escasa integración con la comunidad y el poco tiempo efectivo del niño dentro de la escuela. Lo anterior pone de manifiesto el enorme atraso que padece la educación primaria rural con respecto a la primaria urbana; se considera que el desfase puede ser de unos 25 años.

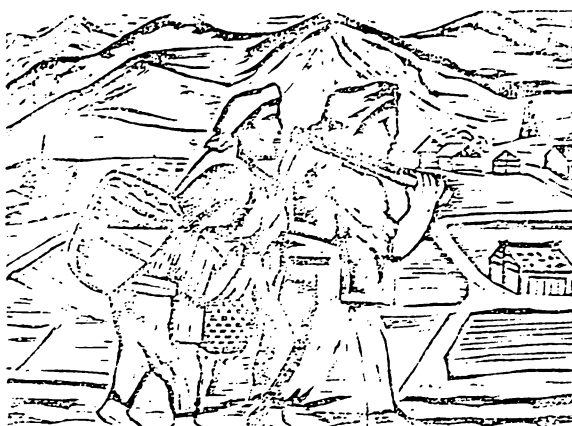
De todas formas, a pesar de las deficiencias señaladas, la escuela ha cumplido y sigue cumpliendo un papel importante en la integración de la población rural al sistema de pautas y valores de la sociedad urbana; es decir, actúa como vehículo integrador de la nacionalidad. En palabras de Brünner: "el advenimiento de la modernidad está marcado por una completa revolución en la manera de organizar los procesos de socialización, de habilitación para funcionar cotidianamente en la sociedad, y de transmisión y uso de conocimientos, desde el momento que ellos empezaron a ser asumidos por una estructura cada vez más inclusiva de instancias formales de educación, en cuyo centro se halla la escuela".²¹

Pero en Colombia dada la heterogeneidad étnica, regional y cultural - según Parra Sandoval - hay enormes dificultades para adoptar un

currículo único a contextos rurales.²² Allí, la escuela es un elemento extraño al mundo de representaciones que los niños han adquirido en su socialización primaria con sus padres y vecinos. En otras palabras, la escuela en las comunidades campesinas es en lo fundamental un factor de integración del niño a la sociedad más amplia, pues los conocimientos no están dirigidos a la aplicación en la vida cotidiana, sino que dan las pautas y elementos para facilitar al futuro adulto su desenvolvimiento en la sociedad urbana. En este orden de ideas, el capital cultural adquirido por el niño en la socialización primaria es cambiado en la acción pedagógica del maestro y objetivado en forma de bienes culturales (libros, revistas, periódicos). La escuela, por supuesto, no habilita al niño para poder utilizar ese capital cultural objetivado. Pues saber leer (como se dijo en otro aparte de este texto) no es sólo descifrar y ordenar códigos sino poder comprender la sociedad global, su universo simbólico y su racionalidad.

Ante esa deficiencia de la escuela, la radio y la televisión se constituyen en los medios más asequibles para que el campesino acceda a productos culturales o ideológicos de la sociedad urbana y se integre a la nación. En Colombia - anota Barbero - "la radiodifusión permitió vivenciar una unidad nacional invisible, una identidad cultural compartida simultáneamente por los costeños, los paisas, los pastusos, los santandereanos y los cachacos". Entonces, el proyecto modernizador se hace en la radio proyecto educativo, dirigido especialmente a la adecuación de técnicas de los modos de trabajo campesinos a los requerimientos y objetivos del desarrollo, y al cambio ideológico: superación de las supersticiones religiosas que obstaculizan el cambio tecnológico y los beneficios de la sociedad de consumo.²³

Adicionalmente, la escuela en las sociedades campesinas pobres es un vehículo de ascenso social (casi el único) y de prestigio. Por ello, los padres mandan el niño a la escuela a que se prepare para que acceda a oportunidades de trabajo diferentes a las suyas; pues, si bien son mano de obra para la parcela, la mayoría no quiere que sus hijos sigan su mismo camino; aunque el propósito se logra en pocos casos, la ilusión se mantiene y es sólo eso: una ilusión inalcanzable. Porque, como lo anotamos antes, la diferencia de la calidad educativa entre el sector rural y el urbano y



Arrozales - Grabado en madera, 1937

(21)

los parámetros para que ingrese a niveles superiores de la pirámide educativa (bachillerato y universidad) pone en desventaja al niño o al joven campesino frente al ciudadano. Y, la realidad no puede ser más cruel: hijos de padres analfabetas puros o por desuso en su mayoría, egresados de escuelas sin bibliotecas y sin libros, mal nutridos y maltratados en muchos casos y realizando trabajos físicos desde temprana edad, no pueden desarrollar sus habilidades intelectuales con la misma celeridad que lo hacen los niños de la ciudad, incluso los de los sectores más populares. En consecuencia, aunque el joven campesino migre a la ciudad no alcanzará el sueño de sus padres, ascender en la escala social, pues su nivel de escolaridad alcanzado sólo le permitirá desempeñarse en trabajos tales como la celaduría, la construcción, las obras públicas, el transporte, en el caso de los varones, y, en el caso de las mujeres, el empleo doméstico y los restaurantes; los menos afortunados pasarán a hacer parte de la informalidad de la cual ya están llenas las ciudades del país.

Ante esta realidad, ¿cuál es el camino para que el campesino pueda acceder a nuevas actividades y formas de vida, si en el país, pese a la expansión de los servicios educativos y las campañas de alfabetización de adultos (Simón Bolívar y Camina), tres cuartas partes de los analfabetas se encuentran en zonas rurales? Si como es conocido por todos, el analfabetismo no sólo causa marginalidad en lo económico, sino menores posibilidades de participación y violación de los derechos en lo político y subvaloración y pérdida de la auto-estima en lo socio-emocional.

Este panorama así presentado no le permitirá al país ofrecerle a todos sus asociados las posibilidades de acceder a los bienes materiales (satisfacer sus necesidades básicas) y menos aún disfrutar de los bienes culturales (consumo ampliado). Se puede decir, entonces, que pese a que el país esté encadenado de mil maneras a la modernidad los beneficios de ella sólo le llegan a una minoría y, desde la otra orilla, la mayoría debe conformarse con la imagen quimérica que les vende la sociedad de consumo a través de los medios de comunicación.

En síntesis, hoy, cuando la modernidad hace crisis porque la razón occidental sobre la cual se construyó no es suficiente para explicar la pluralidad de lógicas, como individuos y grupos existentes, el proceso de modernización, sin modernidad, que inició el país desde principios del siglo XX tiene una deuda muy grande con el pueblo colombiano, en especial con aquel que vive en el campo y trabajan la tierra: los campesinos.

Deuda que se expresa en múltiples conflictos, violencia, desarraigo, marginalidad y pérdida de confianza en la capacidad que tiene el Estado para llevar al país por el sendero de la democracia y la justicia.

Por otra parte, la educación técnica en el campo muy escasa y descontextualizada cumple una función de capacitación de mano de obra para la agricultura empresarial, y en pocos casos prepara al campesino para trabajar su propia parcela, pues los contenidos y las técnicas sólo enseñan la lógica y racionalidad de la empresa capitalista y dejan de lado el conocimiento tradicional de las comunidades. El fin de este tipo de formación es contribuir al proceso modernizador y de articulación a la economía de mercado de la producción agropecuaria.

Pero la función racionalizadora y urbanizadora del Estado y su aparato educativo no se agota con la función que cumple la escuela y los institutos técnicos, sino que es continuada y reforzada por programas de educación no formal ofrecidos por instituciones oficiales, mixtas y privadas. En el país son suficientemente conocidas las actividades de extensión, capacitación y asistencia técnica desarrolladas por el ICA, el INCORA, el SENA, la Federación Nacional de Cafeteros, la Acción Cultural Popular, la Fundación Manuel Mejía, los Hogares Juveniles Campesinos, entre otras. Estas instituciones, con enfoques y metodologías diversas de educación no formal, han buscado cambiar y mejorar las formas de producción y gestión, para que la unidad de producción familiar utilice más eficientemente los recursos y así los campesinos mejoren sus condiciones de vida. Por supuesto, con esta propuesta tecnológica basada en una racionalidad ajena a la cultura campesina, el campesino ha ganado en mentalidad más moderna, secularizada y lucrativa, a costa de la pérdida de conocimientos, valores, deterioro del medio ambiente y mayor subordinación a la sociedad urbana.

RESUMEN

En este artículo se analiza el proceso de modernización del campesinado. Se considera que éste ha sido ajeno a un proyecto de modernidad que viene dándose en el país desde hace muchos años. En primer lugar, se hace una conceptualización del campesino y de las sociedades campesinas, a partir de las principales tradiciones teóricas. En segunda instancia, se discute la forma como la modernización campesina, pese a ser marginal y excluyente, ha contribuido a la construcción del país nacional y, finalmente, se discute cómo la educación (formal y no formal) han acelerado el proceso

de secularización, modernización y racionalización del campesino.

BIBLIOGRAFIA

1. BRUNNER, J.J. *América Latina en la encrucijada de la modernidad*. En: *Revista Foro*.
2. MACHADO, A., Castillo L. C. y Suarez, I. *Democracia con campesinos ó campesinos sin democracia*. ICCA. Bogotá, 1993. pp. 78.
3. MEJIA GUTIERREZ, M. "El manejo ecológico del suelo enfocado desde diversas escuelas de producción agrícola. CEPROID. Cali, 1993. pp 12, 13.
4. JARAMILLO, J. E. *Tipología polares, sociedad tradicional y campesinado*, U. N. Bogotá, 1987, pp 74, 75.
5. *Revista Ecuatoriana "desde el surco", Calendario lunar - Noviembre de 1993*, pp 39.
6. WOLF, ERIC. *Los campesinos*, Edit labor-Barcelona, 1971.
7. HEYNING, 1982, *Principales enfoques sobre la economía campesina*. En: *Revista de la CEPAL*, abril 1982, pp 124, 125.
8. SILVERMAN, S. *The peasant concept in anthropology*. In: *Journal of peasant studies* V. 7 No. 1. October 1979. pp 49, 69.
9. MENDOZA, Enrique. *Café y dinero entre los arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta*. En: *el campesino contemporáneo* (F. Bernal), Bogotá 1990 pp 362 y 363.
10. SHANIN, T. *Peasantry: delineation of a sociological concept and a field of study*. In: *Journal of sociology* No. 12 1971.
11. PECAUT, D. *Política y sindicalismo en Colombia*. Editorial la Carreta. Bogotá, 1973.
12. MESA, D. *Estructura política y agraria*. Ediciones Estrategia. Bogotá. 1992.
13. BARBERO, J. M. *Modernidad y mas-mediación en América Latina*. En: Barbero, J.M. *de los medios a las mediaciones (comunicación, cultura y hegemonía)* Editorial. Gustavo Gilli, Barcelona, 1987.
14. CANCLINI, G. N. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* Edit. Grijalba. México, DF. 1989. pp 203.
15. VOLKE H, V. y SEPULVEDA G. I, *Agricultura de subsistencia y desarrollo rural*. Edit. Trillas, México DF. 1987 pp 59, 60.
16. GARCLA C. N. *Op. Cit.* P 201.
17. SAVATER F. *Leer para despertar*. En: *Magazin Dominical* No. 531 Bogotá, 27 de junio de 1993.
18. MANHEIM, K. *La democratización de la cultura*. En: *Manheim, K, Ensayos de sociología de la cultura*. Edit. Aguilar. Madrid 1963.
19. PARRA Sandoval, R. *La escuela inconclusa*. Edit. Plaza y Janes Bogotá 1986.
20. DUARTE, J. *La educación en el sector rural*. Bogotá, 1990 (Notas de la conferencia dictada en la Universidad Javeriana).
21. BRUNNER, J. J. *Op. Cit.* pp 100.
22. PARRA Sandoval, R. *Op. Cit.* pp 30.
23. BARBERO, J. M. *Op. Cit.* pp 79.